

TRANSICIÓN



Lucas Sichel

TRANSICIÓN

- Mi nombre es Samuel Olivares Andrade. Lo que voy a contarles es cómo nuestras decisiones desencadenaron eventos que nunca estuvieron en el horizonte. ¿Me arrepiento de algo? No, siempre fui criado por dos padres que me enseñaron a asumir cuando me equivoco. "Equivocarse", qué mala palabra utilicé (...). Siempre he sido una persona que no mira atrás al elegir un camino. Cuando supe que iba a ser padre adolescente, mi mundo dio un giro. ¿Qué sabía yo sobre criar o educar a otra persona a mi corta edad? Bueno, tendremos que ver. En mi círculo íntimo saben que no soy de las personas que huyen; siempre he estado a su lado, cuidándola como hubiera deseado que me cuidara mi madre biológica. Ella me dejó hace muchos años bajo la responsabilidad de Rosario Andrade Flores y Carlos Olivares Soto, quienes me han brindado un hogar lleno de amor y cariño. A mis hermanas Victoria y Lucía jamás les ha faltado nada, siempre con comida deliciosa en la mesa. Aunque les gustaría pasar más tiempo juntos debido al trabajo que tienen, pasamos más tiempo con nuestra nana Antonia, quien nos ha cuidado desde siempre. Vaya, me he desviado de la historia; qué mala costumbre (...). Como les decía, la noticia de que sería padre adolescente y adoptado me afectó, por mis hermanas y Sofía, la mujer de la cual me enamoré. Debía ser fuerte; no era momento para lágrimas o ira.

Era el momento de "responsabilizarse", lo cual condujo a un problema mayor: la ruptura de mi familia.

Ahora que les he mostrado las consecuencias de mis decisiones, les mostraré los hechos. Eso sí, quiero dejar algo claro: no me arrepiento de nada.

Eran las últimas semanas del verano; ¡vaya año!, tantas cosas ocurrieron. Como siempre, nosotros no tuvimos esas vacaciones de ensueño debido a nuestros padres, que trabajan en el ámbito de la medicina. Sabíamos que pronto volveríamos al colegio al que habíamos asistido toda nuestra vida. Hemos sido testigos de cómo el colegio ha ido creciendo poco a poco. Finalmente vería a mis amigos, quienes son un pilar importante para mí. Thomas es una de las personas que más me ha ayudado; le debo mucho.

Siempre vamos a Santiago de compras para los útiles escolares. Saben, no vivir en Santiago es algo bueno; cero estrés de tráfico. Las personas en la capital son tan especiales: gruñonas, malhumoradas, competitivas. Esto genera un ambiente tenso. Por eso amo Chicureo y no me iría de aquí. Todos mis recuerdos están aquí y en el condominio donde hemos vivido hay mucha historia. Mi padre Carlos siempre fue una guía y un protector para mí. Las muestras de cariño que me brindó me dieron muchas alegrías. Siempre tenía ganas de abrazarme y cuidarme. Eso me lleva a preguntarme, ¿cómo se convirtió en un hombre sin honor? La herida es tan grande que jamás fui capaz de perdonarlo, incluso con los años.



¡Nos engañó a todos de una manera tan magistral! Pero como siempre dicen, "la verdad saldrá a la luz".

El recuerdo más hermoso es cuando fui a él en busca de mi primer consejo sobre el amor. A mis 14 años, las hormonas estaban a flor de piel.

Sin entender qué pasaba, llegué a casa corriendo y le pedí a mi papá que me atendiera, que era urgente que hablara con él. Mi padre, al parecer, estaba listo para tener esa conversación.

—Hijo, pasemos a mi estudio.

Lo seguí con la cara de ¿cómo sabe de qué le voy a hablar? Caminamos por el pasillo en el que se veían los dormitorios de nosotros (por cierto, yo soy el mayor de tres hermanos). Al final del pasillo estaba su oficina. Cerré la puerta detrás de mí.

—Siéntate, hijo —me dijo mientras se sentaba en su silla de cuero.

Me percaté de tres cosas: primero, una de mis hermanas estaba jugando en el patio, vigilada por nuestra nana, Antonia. Ella ha estado con nosotros desde que tengo memoria. Segundo, había unos trabajadores en el fondo del patio que estaban construyendo una casa pequeña para que mis hermanas pudieran jugar, porque un día mi hermana Lucía le dijo a mi padre que deseaba un lugar donde jugar que no fuera dentro de la casa. Y lo tercero es que el jardinero estaba cortando el pasto; a mi madre siempre le ha encantado mantenerlo bien ordenado y limpio.



No solo es para nosotros sino para las visitas también. Un día me dijo: “Hijo, podemos pasar vergüenza por cualquier cosa, menos por nuestra casa que es nuestro refugio”.

Él me miraba fijamente, así que una vez pude tomar la iniciativa, le conté mi problema.

—Padre, me siento... ¿raro? Ya no le puedo decir una pesadez a una niña sin tartamudear—. Mi padre sonrió tanto que me asusté y me sentí en una película de terror, justo en la parte en que el malo está por matar al bueno.

—Hijo, estás creciendo. Esto solo es el inicio. Pronto vas a experimentar más que esa cosa, lo de las chicas es una de esas cosas. Vas a sentir necesidades, más grandes. Hay una en particular que va a costarte mantenerla a raya. No es malo, pero vas a querer masturbarte.

Demasiada información. Me siento como un computador saturado.

—¿Y esto... cómo me voy a dar cuenta? —le pregunté a mi padre.

Él dijo que a cada uno se le manifiesta diferente, que él, en su tiempo, veía revistas de chicas desnudas en la mitad de la noche.

Le di las gracias a mi padre confundido, recuerdo. Vaya, 8° básico, ¡qué año! La mejor decisión que tomé fue pedirle a Sofía que fuera mi polola. El solo recordarlo ahora me hace reír de lo patético que fui. Ese día, mis hormonas no fueron de mucha ayuda.

Llegamos al Colegio Cruz. Como siempre, acompañé a Lucía a su sala, mientras mi hermana se iba con Amanda, su mejor amiga; esas dos son inseparables. Lucía me miró por unos segundos.

—Llegamos los tres juntos y ya se fue, ¿acaso le damos vergüenza que seamos familiares? —dijo Lucía.

—Vaya, a veces se me olvida lo que has crecido —le respondo—, Victoria te quiere a su manera, no todos somos iguales en ese aspecto. Venga, apurémonos que no quiero llegar tarde.

Aceleramos el paso, tomamos el pasillo B que nos lleva a la misma sección, pero en distintos edificios. Vi que habían realizado un cambio, en el centro de nuestro patio tenemos una nueva cancha de fútbol. Me alegra esta noticia, vamos a poder jugar sin tener que usar el gimnasio.

Mi primera parada es en el edificio dos. Para llegar, existen dos caminos: una opción es internamente, por los pasillos techados y más resguardados, y la otra opción es cruzar el patio, haciendo un ángulo obtuso que nos llevaría a la segunda escalera. Como veo que hay muchos alumnos y profesores, decidí acortar camino por el patio. Subimos con Lucía por las escaleras al tercer piso, a la sala de su nuevo curso, el 6° Básico C, donde tendrá nuevas aventuras y experiencias. Lucía no se despidió de mí, sino que fue corriendo con su mochila en los hombros a saludar a su mejor amiga Amelia. No aguantó más tiempo, su alegría me cautivó.

La observé por unos minutos, la forma en la que se desenvuelve es magistral, tan natural. Debía irme, pero llamé la atención de su profesora, que venía a mi encuentro.

—Hola, Lucía estará bien, debe ser difícil desprenderse...

—me dice sonriendo su profesora.

—Es mi hermana menor, siempre me costará; pero bueno, igual debo irme a la sala.

Gusto en conocerla, profesora.

Espero no haber sonado pesado. Dejé a Lucía en su sala y me encaminé a la mía. Mientras caminaba recordé los últimos días del verano que estuvimos los tres juntos: Lucía, Victoria y yo. Vaya aventuras que teníamos, fueron los días más lindos que hemos tenido. Sacudí mi cabeza intentando que esos recuerdos se fueran rápido, debo enfocarme en cosas más importantes. En mi caminata divisé muchos rostros conocidos, a algunos los saludé con la mano, a los otros los pienso saludar mejor en el recreo. En el umbral de la puerta de mi curso, con la mochila en los hombros, supe que había llegado dónde está mi segunda familia, más ruidosa aún, buena para las bromas, y lo mejor es que con algunos compartíamos nuestro propio idioma. Ya quiero usarlo.

Mi primera parada fueron los lockers. Hay una lista donde están anotados los nombres de los alumnos y a su lado un número, a mí me tocó el diez. Guardé mis cosas, lo cerré y le puse el candado.

Vi la lista de alumnos y me di cuenta de que íbamos a tener compañeros nuevos: Gabriela Rivera Torres y José Tomás Díaz Cole, además de nuestro profesor jefe, que ahora sería el señor Adolfo Cruz Boyd.

Dos meses de verano. Siempre uno llega cambiado, es inevitable... es parte de crecer. Era momento de ver a mis compañeros y ver al resto ¿Qué locas historias contarán antes de sonido del timbre?

Al primero que vi fue a Camilo.

—Hola, Camilo ¿qué tal esas vacaciones? —le pregunto sonriendo y nos abrazamos.

—Nada fuera de lo normal, todo bien, aproveché de descansar, tomar mucho sol y broncearme.

Se sube las mangas para mostrar su bronceado, siempre le ha gustado destacar y presumir. “Si crees que presumiendo vas a encontrar a una chica, entonces tienes para un rato largo la espera”, pienso. Es buena onda, pero eso nunca se lo he dicho.

—Samuel, ¿ya fuiste a ver el horario? Te aviso que se viene intenso este año.

—Iré a verlo.

Acertó. Por unos segundos pensé que estaba equivocado, pero no es así, el horario es bastante duro. Mientras abrazaba y conversaba con mis compañeros, vi entrar a Sofía. Sofía Buenaventura Maquines. Hemos sido compañeros de curso por ocho años, y siempre me lleva la contra de todo.

En los debates de cursos y en las juntas. Nuestras discusiones siempre han sido el foco del curso, pero ahora mi cuerpo está actuando de una manera muy rara. Ya me habían advertido de esto, pero no puedo dejar que mis impulsos me ganen, debo gobernar mi cuerpo. Me reconecto a la conversación e intento no mirarla, aunque ganas no me faltan.

Mi amigo Carlos me sacó del trance en el cual había entrado.

—Ha llegado Sofía, espero que este año no sea tan intenso. Nunca he visto a dos personas tan buenas para discutir como ustedes dos, ni en mi familia pasa tanto. ¿Se gustan acaso?

Todos se ríen.

—Esa pregunta me la he cuestionado por bastante tiempo, avísame si tienes la respuesta, porque yo todavía no la encuentro —le respondo.

A decir verdad, desde el año pasado empecé a ver a Sofía con otros ojos. Me fui a mis vacaciones pensando si iría a tener el valor de decirle. Total, en esos momentos, lo que más me importaba es defender mi reputación que he cuidado por años. Seríamos una segunda familia, pero esos lobeznos pueden ser muy crueles si muestras algún signo de debilidad. Aunque me gusta conversar, igual prefiero guardarme algunas cosas. El único que sabía era Thomas y sé que él jamás diría nada hasta yo estar listo. Mi mayor enemigo era mi corazón, porque cada vez que la veía, mi corazón aceleraba al punto de que va a explotar.

Todos los años llegaba alguien nuevo. Esta vez tuvimos dos ingresos nuevos por lo que fui a saludarlos.

—Hola, me llamo Samuel y ¿ustedes cómo se llaman?

—¿Perdiste una apuesta? Nadie de forma voluntaria se acerca a saludar a los chicos nuevos.

—Veo que la chica nueva tiene valor, me pregunto ¿cuánto le va a durar? — dice Magdalena.

Me doy la vuelta, buscando a Sofía.

—Oye, Sofía, ponle la correa a este perro rabioso.

Todos se quedaron mirando.

—¡A Samuel le gusta la chica nueva! —dijo Magdalena en voz alta y se creó una carcajada colectiva.

No voy a dejar que esto continúe.

—Magdalena, no sabía que te derretías por mí, ¿desde cuándo te gusto?

Logré más risas y desviar la atención.

—Solo en tus sueños —respondió enojada.

—No gracias, no quiero soñar con brujas, son muy arrugadas.

Su cara se puso roja y salió de la sala. Imagino que al baño. Sofía fue la primera en hablar.

—¿Por qué tenías que ser tan cruel?, sabes que tiene problemas de autoestima.

—¿Y eso le da derecho a meterse con los chicos nuevos?

Se fue en búsqueda de su amiga, solo espero que lleguen a la sala antes de que suene el timbre. Aborrezco a los bravucones. No pienso pedir perdón, ella se equivocó.

Se acercó Gabriela y me dio las gracias, igual la saqué bien barata, ya que si hubiera estado el profesor hubiera sido totalmente distinta la situación. Me fui a buscar a mis amigos. Fue Thomas quien me habló.

—Veo que has empezado agitando el avispero, ¿no es muy temprano?

—Sí, puede ser, es que odio que se metan con los chicos nuevos.

—Si los sigues defendiendo, más los van a molestar, cada uno tiene que poner los límites.

Vencido le respondo.

—Tienes razón, pero al menos denle una chance para conocerlos, por qué deben comenzar el primer día a molestarlos.

Cuando sonó el timbre, Sofía y Magdalena, llegaron antes que el profesor, se sentaron y evitaron contacto visual conmigo. Sabía que estaban enojadas, no hice nada malo de lo que me tenga que arrepentir.

Cuando llegó el profesor nuevo, la clase se enfocó en conocerlo y viceversa. Luego nos hizo una prueba de diagnóstico muy rigurosa, ya que necesita saber cuánto sabemos, y así emparejar de alguna manera la cancha. La prueba duró la hora entera restante que quedaba de la clase. Cuando la terminamos, salimos ansiosos al primer recreo. Tomamos los estuches y nos fuimos.

—Antes de que salgan, seré el primero en darles una tarea: leer y hacer un resumen de lo que es "La Globalización".

Vi la cara que pusieron todos y pensé: “comenzó el nuevo año escolar”, aunque la siguiente clase es el jueves. Quedan tres días, pero la haré hoy en la tarde para no hacerla a último minuto.

Me considero una persona humanista, desde hace tiempo descubrí que no me gustan las ciencias. En el recreo, aproveché de saludar al resto de mis amigos, y de preguntarles por sus vacaciones, hasta que Sofía se acercó.

—¿Cuándo irás a pedirle perdón a Magdalena?

La miré por unos segundos.

—Iré cuando ella les pida perdón a los chicos nuevos.

—Siempre ha sido una tradición molestar a los nuevos, para saber si tienen carácter. Me lo dijo levantando la mirada.

—No estoy en contra de las tradiciones, pero denles un respiro por ser el primer día.

—Puede que tengas razón, pero igual pídele perdón.

¡Vaya forma de controlarme! Tal vez este año seré yo el hazme reír, si empiezan a ver que Sofía puede controlarme de esa manera. No me dio tiempo para responderle, se fue de nuevo a donde estaban sus amigas.

El día comenzó de una forma bastante buena, conocimos a nuestro profesor jefe.

Los nuevos siempre se mantuvieron al margen de todo. Aún no querían nada, sobre todo desde la pelea que tuve con Magdalena. Fue en el segundo recreo cuando se acercó, llegó por mi espalda y ahí fue cuando supe que se llamaba Gabriela.

—Samuel, quería darte las gracias por la ayuda en la mañana. De verdad que no quería sonar pesada. Tuve experiencias malas en otros cursos y nadie nunca me defendió.

— Tranquila, a medida que nos vayas conociendo. Aquí no tendrás más malas experiencias, somos un curso muy unido y nos cuidamos entre todos. Es momento de que te unas a esta manada.

Gabriela se abría de a poco. Era momento de unir al último, por eso en la hora de almuerzo y recreo dimos el inicio a la competencia de futbol en contra del octavo B.

—José Tomas, ven, vamos a jugar, nos falta un jugador.

—No gracias, no soy tan deportista —dijo él, evitando el contacto.

Aunque no me fue tan bien. Pero de a poco. Bien a mi puesto era momento de defender la portería. Llegó Sofía y gritó:

—Oigan, este año ganemos. Miren que el año pasado estuvimos a la puerta. Vamos, defensa, atenta.

Calma tu corazón, concéntrate en el partido. Ganas de ir a besarla no me faltaban. Golpeo mis manos para centrarme. Venga, que los estoy esperando. Llegaron a mi portería, Héctor pateó la pelota al lado derecho, y me lancé con ambas manos. Logré evitar el primer gol, todos aplaudieron, Le pegué con la pierna izquierda y nos fuimos a la ofensiva. Ver a todos mis compañeros jugar de nuevo me dio unos minutos de nostalgia, tengo que contener las lágrimas; soy de aquellos que no lloran frente a los demás.

Terminamos el partido empatado 2—2, por lo que el partido del recreo de almuerzo definirá quién se lleva la victoria del día.

Sonó el timbre y nos fuimos a la última clase del día: Física. Tuvimos una retroalimentación el profesor. Quería saber qué tanto nos acordábamos del año pasado. Al salir de la sala, Gabriela se acercó a mi lado y mientras caminaba me dijo:

—Samuel, espera.

Muchos compañeros se adelantaron y caminaban de forma natural, mientras la esperaba.

—Espero que no te importe, pero es que, hasta ahora, tú has sido el único compañero que me ha tratado bien.

—Sí, todos somos buena onda, es solo que te tienen que conocer. —vi a los demás y no me importó—. Tienes que darles una oportunidad, créeme, cuando los conozcas verás que no son malas personas, además, nos consideramos como una segunda familia.

—¿Por qué son de esta manera? —observó a los demás.

—Siempre, en todas familias, hay diversas opciones, viene con el paquete.

Nuestras risas deben haber sido escuchadas por todos, siento que cada vez la conozco más. Me contó qué vivió mucho tiempo en Temuco, estudió allá hasta séptimo, cuando sus padres decidieron venirse a vivir a Santiago. A ella le encanta el frío y odia el calor, su comida favorita es la china.

Lo que más me agradó fue que en ningún momento me sentí incómodo hablando con ella. No quería sonar pesado, pero debía ir a buscar a mi hermana menor, Lucía, que debía estar esperándome.

—Gabriela, me encantó hablar contigo, pero debo ir a buscar a mi hermana menor que debe estar esperándome. Te veo mañana.

Nos despedimos y me fui a buscarla. No me reconozco más, he hablado con una chica con mucha confianza. ¿Qué me está pasando? Recordé las palabras de mi padre y me ayudaron a tranquilizarme.

Lucía me estaba esperando y me dijo:

—Vaya, pensé que se habían olvidado de mí. Incluso empecé a pensar que era hija única.

Lucía y su carácter.

—Vaya, ¿Dónde quedó mi hermana? Lo que estoy viendo no es ella.

—Te demoraste mucho. Me enojé.

—Vamos de una vez. Además, ¿Cómo te atreves a pensar que yo te dejaría sola?

Nos abrazamos y fuimos a la puerta. En el camino pensé en la lista de terea que me llevaba a casa.

- Hacer la tarea en grupo de la página 17 del libro, Historia.
- Leer y realizar la actividad en la página 14 y 15, Biología.
- Realizar un experimento de elección propia y explicar los pasos, Tomar nota de cada cambio que muestre, Física.
- Escribir un cuento en pareja en la cual destaque: narrador, personajes y conflicto, dos páginas mínimo, Lenguaje

Llegamos a la casa y me puse a adelantar algunos deberes. No quiero estar con el agua hasta el cuello, haciendo las cosas a último minuto. La tarde pasó bien rápida. Me llevó a pensar en que mañana debo tener más control sobre mí.

Siendo martes por la mañana, damos comienzo a un nuevo día de colegio. Lo único diferente en este momento es que les pedí a mis padres irme a pie al colegio. Claro que hubo algún tipo de queja por parte de ellos hasta que comprendieron que deseaba mayor libertad, y que la distancia no era tan grande. Mientras caminaba disfruté cada paso en silencio, sin los gritos matutinos. Si esta caminata es así, hablaré con ellos hoy, les diré que me quiero ir solo, y a la vuelta podría traer a mis hermanas. Mientras pensaba en una estrategia, un auto se detuvo a mi lado. Era Carla, la madre de Magdalena y Diego. — Samuel, veo que te dieron permiso para ir al colegio solo, ¿quieres que te llevemos?

Magdalena y Sofía viven en el mismo condominio que yo, pero al no ser tan cercanos, no nos juntamos.

—La verdad es que prefiero caminar, es la suerte de vivir tan cerca. Gracias igual. Magdalena, te veo en unos minutos.

Ver a Diego me recordó una vez que estábamos en la casa, jugando a la botella. Éramos Magdalena, Diego, Sofía y Victoria. El ver cómo Magdalena desafió a Victoria a darle un beso en la boca a Diego, fue tan inocente e incómodo. Para calmar los aires, acepté darle yo uno a Magdalena. Desde ese día Diego y Victoria se evitan, saben que nunca volvieron a ser los mismos. Con el tiempo las cosas se calmaron y nunca más jugamos ese juego.

Al llegar al estacionamiento, veo a Lucía que me está esperando. Victoria ya debe haber entrado.

—Vamos Samuel, ¿hoy también me acompañas?

Al dejarla en la sala, Nicolás llegó por mi espalda.

—Hola, Samuel.

—Hola, Nicolás.

—Creo que tu relación con tu hermana es muy hermosa, les deseo lo mejor.

—Gracias, Nicolás.

Ahí está Sofía. Puntual como un reloj suizo. Calma tu corazón, aunque la verdad no quiero. Su personalidad es tan única, es bonita, tanto por dentro como por fuera. Tantas cosas en común que tenemos.



Sonó el timbre y comenzó la clase de Lenguaje. La verdad no tengo idea de qué habló el profesor, porque no paro de pensar ¿se lo dijo?

Barajé las opciones del resultado:

- Le comento en privado y me pega en la cara.
- Se lo comento en público, todos se ríen, y además me pega en la cara.
- Se lo comento en público, y me tira un balde de agua.
- Se lo podría preguntar en privado, ella se queda callada. Me mira y vuelve a quedarse callada, luego dice: me lo pensaré.

No me gustan los resultados, pero sería estúpido alargar todo esto. Vamos, Samuel, siempre has sido valiente. ¿Qué te detiene ahora? Al terminar la clase de lenguaje, todos corren al patio, menos yo que sigo pensado.

Última opción, la mejor de todas las posibilidades de que resulte, un 80% en contra a un 20% a favor. El número 80% es ándate a la mierda y el número 20% es vida feliz. Sé valiente, vamos.

Estaba seguro de lo que quería conseguir, aunque igual transpiraba frío. Ellas estaban en las mesas en el centro del patio conversando, y cuando llegué frente a ellas me quedé callado unos segundos. Respiré, y al recuperarme ya me estaba mirando. Por fin le pregunté.

—¿Podemos hablar en privado? —acabo de decir algo estúpido.



—Claro.

No quería decirles frente a ellas, por eso caminamos con el fin de salir del centro, ya que, de esta forma, si me rechazaba, lo haría en privado. Así que respiré y lo solté.

—Sofía, esto es difícil para mí, pero quiero que sepas que eres hermosa, muy simpática; por eso quiero saber ¿tú pololearías conmigo?

Tiempo muerto. En menos de 15 segundos, imaginé todas las opciones.

Ella se estaba mirando las manos. Pensé: “espero que no duela”.

—Samuel... —cerró los ojos—. Quiero que sepas que yo siento lo mismo por ti, pero no me atrevía a decir nada. Abrumado por el resultado me quedé paralizado, de mi boca no salió ninguna palabra. Divagué en mi mente por la felicidad que sentí en ese momento, vi sus ojos puestos en mí, no me quitaba la mirada. Se acercó, me besó en la mejilla y me susurró al oído:

—Me gusta mi privacidad. Mientras respetes eso, vamos bien. Ah, por cierto, gracias por pedírmelo. Te encuentro muy bonito y eres una tremenda persona. Gracias por elegirme.

Y se fue caminando con una sonrisa en la cara. Por fin pude recuperar el control de mi cuerpo, también estaba contento, no miento... eufórico.

Pienso en lo que pasó en el recreo; me distrae de verdad, asumo que no conozco en profundidad a Sofía ¿es eso lo bonito?



El sonido del timbre anuncia el final de la clase, me demoro un poco más en salir cuando la profesora que también estaba guardando sus cosas alza la vista.

—Veo que hoy no tuve a mi alumno estrella ¿Qué pasa? ¿Todo bien? Demonios, por qué hoy se tuvo que fijar.

—Lo siento, tenía la mente en otro sitio, no volverá a pasar.

Llego a la cancha y me ubico en posición, Veo que Sofía está con sus amigas mirando, espero no hacer el ridículo. Pero no fue así, cada vez que detenía un posible gol, Sofía me felicitaba. Ganamos el partido y cuando la voy a buscar, intento controlarme y ser lo más natural posible. Recuerdo sus palabras

— ¡Al fin, chicos, pudieron ganar un día entero!

Tiene un punto que es muy cierto. ¿Ven lo que digo? Todos los días aprendes algo nuevo sobre cualquier tema. Igual me espera, no se va sin mí. Al darle alcance, sin que nadie me vea, le dije al oído:

—Esta tarde en mi casa, ven a tomar once. Total, siempre has ido, solo que ahora vamos vas a ir con otro título.

Cuando el profesor entró, nos dijo que íbamos a tener que hacer un trabajo en equipo con entrega de avance para el día miércoles, íbamos a simular lo que es una entrevista. Los distintos diálogos que se pueden formar en base a un contexto multifuncional.

Nos explicó las bases de una entrevista y el trabajo sería en dueto. Yo me fui con Sofía, sería uno de nuestros primeros trabajos juntos, y si lo terminábamos, tendríamos la tarde para nosotros. Además, este trabajo nos da otro argumento para ir sin levantar sospechas, hasta que le contemos a nuestras familias.

Llegamos a la casa, luego de que nuestro papá nos pasó a buscar y tomo mi mochila.

—¿Qué pasa? Te notas diferente.

En mi mente digo: “Torre de Control, tenemos un problema, avión 345 cayendo en picada hacia el mar”.

—Estoy más agotado de lo normal, eso es todo... — respondí. Me miró por unos segundos.

—Ah... bueno, vete a dormir una siesta si estás tan cansado, nos vemos en la once.

Le dije que tenía que hacer un trabajo con una compañera de la asignatura de lenguaje y que me cambiaría de ropa. Es Sofía así que no hay ningún problema.

Mientras me cambiaba, guardé las cosas de lenguaje. Me puse la mochila en la espalda, bajé las escaleras y me puse en camino. Los nervios igual son normales, espero que la caminata me calme un poco antes de llegar, no quiero hacer el ridículo de ninguna manera, perder puntos no es una opción. Me la jugué en la mañana y merezco disfrutar mientras pueda, y no pienso perder por tonterías que se pueden evitar. El portón de su casa es verde con arbustos altos enredados en las rejas, se necesita podar con urgencia, aunque igual me gusta.

El portón tiene una rejilla en la parte inferior y cuando toqué el timbre, un perro de color café se acercó a toda velocidad ladrando. Como vivo con uno, no me asusté y me quedé quieto.

Buenas tardes. Inmediatamente contesto.

—Hola, soy Samuel, vengo a hacer un trabajo con Sofía.

Pasan unos segundos.

—Espere, por favor.

El perro seguía vigilando mis pies, pero en silencio. No había más ladridos.

—¡Sombra, atrás!

El portón se abrió y ahí estaba esperando. Tenía puestos unos jeans, una polera de color gris y unas zapatillas blancas. Ahora que sé su nombre, bajo mi mano para que la huela, pero desconfió y se alejó.

—Veo que todavía no confía en ti, no es fácil ganarse su confianza.

Entramos en la casa, nos quedamos en el living y “Sombra” se fue a la terraza. Aunque tiene un patio grande, imagino que debe estar vigilándome, ya que soy un extraño en la casa, y estoy en su territorio. Por eso me fascinan los perros, son tan fieles y te cuidan. La señora que me atendió trajo unos bocadillos y jugo de manzana. Agradecemos y nos pusimos a trabajar, se nota que ambos queríamos terminar con esto hoy mismo. Siguiendo los apuntes de la clase comenzamos a escribir una entrevista, nos basamos en un interrogatorio televisivo.



Escribimos tres páginas, como era un avance pensamos que nos felicitarían. Contentos con el resultado, vimos TV en el living y por suerte una buena película, y aunque la comedia no es mi género favorito, igual me reí.

Nos dimos algunos, pero igual con calma. Aunque se notaba que ambos llevábamos un tiempo esperando que esto pasara. ¿Acaso no es eso lo bonito de una relación? floreciendo, poco a poco, disfrutando cada momento; para mí, son todos importantes. Cuando terminó la película subimos al segundo piso y me mostró su habitación, es de color blanco en las murallas, con un afiche de su actriz favorita. Un collage de todas sus amigas y aventuras que ha tenido este último tiempo. Sus cortinas no permiten que entre la luz. En mi familia lo decimos mucho, la habitación de una persona dice cómo es su personalidad. No sabía que era tan metódica, ordenada; a decir verdad, nunca he visto una pieza tan ordenada, ningún papel en el suelo y sus cuadernos ordenados en su escritorio.

—¿Demasiado?

—No —respondo—, de hecho, me gustan los lugares ordenados.

Nos reímos juntos ya que en esto somos iguales. Acorta la distancia entre nosotros y me da un beso, fue entonces donde perdí el control de mi cuerpo y mi mente. Divagué a tal nivel que mis pies los sentí en una nube. Puse mis brazos alrededor de su cintura, el beso duró más que unos segundos, los dos cerramos los ojos y cuando los abrimos me dice:



—El primero de muchos.

Salimos de la habitación, no negaré que quería otros, pero debo esperar a que ella esté lista. Vimos la hora, eran cerca de las 18:00, y busqué mi mochila. “Sombra” me estaba esperando, me acompañó hasta el portón.

—¡Sombra, sentada! —gritó Sofía.

Quedé impactado, estaba muy bien entrenada, no se movió en ningún momento. Cuando el portón se cerró, Sofía silbó y ella volvió a su lado.

Nunca he tenido algo tan bonito y bello; de verdad, me cuesta creer que sea cierto, de hecho, estoy teniendo ciertas dudas sobre si estaré soñando o no.

¿Cómo es posible que yo, un don nadie, esté pololeando con Sofía? Y si es verdad, ¿por qué no estoy saltando de alegría? Sabía que vendrían preguntas al momento de llegar a mi casa, pero no me importaba. Crucé el umbral de mi puerta, mi madre me estaba esperando.

—Hijo, sé que estabas haciendo trabajos, pero podrías avisar a qué hora vas a llegar, ¿tienes hambre?

—Perdón si te asusté, es que estábamos haciendo un trabajo de lenguaje, igual le avisé a papá.

Sí, lo sé —ella me abraza—, pero los padres somos sobreprotectores, no contestaste la pregunta.

—Tengo hambre —le sonrío.

—Sube a dejar tus cosas, te prepararé algo.

Llego a mi dormitorio a preparar las cosas, las clases serán duras, los martes siempre lo han sido.

Antes de bajar, paso al baño a lavarme las manos. Bajo a la cocina, cuando llego veo que ha puesto la mesa.

—¿Ayudo con algo?

—Ya tengo todo listo.

Me siento en la mesa y tomo un vaso para servirme jugo, el sabor es de piña, mi favorito. Siempre me alegro que me sirvan este jugo, soy muy simplista para mis cosas, no necesito lujos para ser feliz. Al poner el plato caliente en la mesa huelo el aroma y mis tripas hacen su trabajo, a medida que voy comiendo, los recuerdos florecen y fluyen sin control. Qué bueno que nadie lea la mente.

Capítulo II: ...

Lee la historia completa en
formato físico o digital



Sígueme en mis redes para estar al
tanto de todas las novedades



@Novelas_L.Sichel